Música para feos

Lorenzo Silva

DESTINO

Música para feos

Lorenzo Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1330

© Lorenzo Silva, 2015
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-233-4932-6
Depósito legal: B. 7.516-2015
Impreso por Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Era un viernes por la noche, o lo que es lo mismo, el momento más temido por una mujer como yo: joven, pero ya no tanto como para tener el alma y la piel libres de rasguños, y con algún recorrido a las espaldas, pero todavía no tanto como para comprarme un gato y no esperar nada más de la vida. El temor se agrava cuando compruebas que en ese momento fatídico no tienes grabado en la agenda del móvil el número de nadie a quien puedas llamar sin que la perspectiva te inspire aburrimiento, asco o la mezcla de ambos. En esa situación, detestable y absurda, bien puede suceder que te prestes a probar alguna solución descabellada. Y eso fue, justamente, lo que yo hice.

Así fue como me dejé arrastrar por Alba, la más descerebrada, banal e imprudente de mis compañeras, a una de sus famosas correrías nocturnas, de las que, desde que yo la conocía, no había sacado nunca nada bueno y sí más de un disgusto. Supongo que en la rapidez con que esa noche me dejé liar para lo que Alba no había podido liarme nunca antes debió de pesar alguna clase de impulso autodestructivo. No

pasaba por mi mejor momento, en ningún sentido: ni en lo laboral, ni en lo personal, ni en la correspondencia de mi mente y mi cuerpo con lo que prefería que una y otro fueran. Es curioso lo poco que gobernamos nuestra existencia. Porque esa noche, en vez de estrellarme, encontré lo único hermoso y limpio que de veras he tenido.

Dejé que Alba fuera marcándome la ruta: a ella le iba lo de hacer itinerarios y a mí me daba igual a dónde me condujeran. Para empezar me llevó a un deplorable restaurante libanés de Lavapiés, cuyo suelo, tuve la mala idea de mirarlo, debía desconocer el paso de una fregona desde hacía meses. En prevención decliné probar las salsas y me alimenté con la carne más magra y las verduras menos sospechosas que nos sirvieron. Alba no dejaba de hablar, es una de esas personas que temen al silencio más que a la muerte y que dan en sepultar los días bajo una cháchara incesante. He de confesar que no atendía a la mitad de las cosas que me decía y, lo que es más ominoso, sólo escuchaba en parte su parloteo cuando versaba sobre alguno de los sujetos, sobre todo guiris, y en su mayoría imberbes de Erasmus, que allí cenaban y daban en reparar en nosotras. Si no cabía suponer que les atrajeran nuestras almas, tampoco lo que Alba decía de ellos se situaba en un plano demasiado espiritual. Más que nada, se trataba de ponderar sus glúteos y sus antebrazos, por los que tiene verdadera fijación.

Ninguno de aquellos escarceos visuales acabó en nada, entre otras cosas porque los únicos que se nos acercaron a entablar conversación fueron dos mo-

zalbetes demasiado crudos y creídos (y de glúteos demasiado fofos, a juicio de Alba). Una vez que pagamos la cuenta comenzó la parte que más le gustaba a mi compañera: el rodar y rodar en busca del plan. Según su teoría, refutada muchas veces por su desastrosa práctica, pero no por ello menos persistente, sólo había que crear las oportunidades suficientes para que la probabilidad de contacto satisfactorio fuera alta. Como yo no tenía ninguna teoría, ni tampoco esperaba nada que acertara a satisfacerme, la dejé hacer.

Creo que probamos en tres o cuatro antros, hasta que acabamos, a eso de las tres de la madrugada, en un discobar de la zona de Bilbao, lo bastante achispadas como para que yo considerase, y aceptase, la posibilidad de seguir a mi desnortada amiga a la pista mínima donde se agitaba una veintena de colgados, al ritmo de la música retro que atronaba y chirriaba desde unos altavoces ajenos a los avances de la tecnología de sonido en la última década. El lugar era bastante cutre, pero me dio en la nariz que por ese preciso motivo había debido de ser el escenario de alguna conquista anterior de Alba; el último cartucho que meter en el tambor del revólver cuando la noche empezaba ya a despeñarse. No es que no hubiéramos ligado en los tugurios anteriores, de hecho habíamos ligado en todos: siempre hay cuatro o cinco tíos lo bastante desesperados en cualquier lugar. Las que no estábamos tan desesperadas como para dejarnos engatusar por el personal que nos salió al paso éramos nosotras, por mal que soliera tratarnos la fortuna.

En la pista estaba, moviéndome con mi poca gracia habitual, cuando en los altavoces empezó a sonar una melodía que reconocí en seguida. Pese a no haber nacido yo aún cuando alcanzó el éxito, había perdurado luego los años suficientes para que llegara a formar parte de mi memoria. Además coincidía que me gustaba la canción, como me gustaba el cantante, uno de esos que desbordan las estrecheces de su tiempo y su lugar y que quizá por ese mismo motivo tienen propensión a malograrse prematuramente. Éste no había sido una excepción: se había matado en un accidente de tráfico cuando yo tenía apenas seis años y él poco más de cuarenta. Al intérprete lo reconocí en seguida, pero tardé unos segundos en recordar el título de la canción: *Embrujada*. Me gustaba de veras, incluso cuando no estaba bebida, pero noté que con dos gin-tonics me arrastraba de forma irresistible y me dejé llevar. Me olvidé de Alba, de la sordidez del antro, del fracaso de mi vida y de la fealdad de los días; el que había dejado atrás y el que me esperaba a la vuelta de unas pocas horas, en cuanto el sol volviera a asomar por el horizonte que nunca se veía en Madrid. Me abandoné al ritmo frenético, a aquella voz que en la grabación restallaba vibrante como un látigo y que desde hacía un par de décadas ya no sonaba sobre la tierra, a la música que la acompañaba y la envolvía. A ráfagas seguía viéndolo todo: a Alba, mientras coqueteaba con uno de esos noctámbulos manifiestamente mejorables que se agitaba frente a ella con modos de Travolta; a los moscones que probaban suerte conmigo, pese a mi mirada esquiva; las luces de colores, las paredes ne-

gras; los pies que me disputaban la pista y que trataba de no pisar. Sin embargo, a media canción mi mente estaba muy lejos, en una región beatífica sostenida por el alcohol y por la inconsciencia de mí misma. Y fue entonces, justo entonces, como si ese soltarme de todo lo demás fuera el requisito indispensable, cuando el tiempo se detuvo y le vi.

Estaba recostado en la barra, una nalga plantada en el taburete, un pie en el estribo metálico, un vaso en la mano y mirándome sin disimulo. Mirándome *a mí*, lo supe sin el menor género de dudas, sin que ninguna de las danzantes que a mi alrededor echaban el resto de su poderío me hiciera temer que podía ser mi competidora por su atención. Debía de ser sólo un poco más alto que yo, uno setenta y tantos, sin llegar al uno ochenta. Era moreno, de cabellos y tez, y conservaba el pelo, que llevaba muy corto. Vestía sin pretensiones de ninguna clase, unos vaqueros gastados y una camisa blanca remangada, desabrochada lo justo para no parecer un rufián. Le eché a bulto unos cuarenta y cinco, lo que me hizo sentir una punzada que en seguida ahogué: ni penurias ni errores pasados tenían ninguna cabida en aquella noche irresponsable. No diré que el hombre fuera guapo, pero resultaba, o al menos lo bastante para mí. El descubrimiento me espoleó, gracias a la desinhibición etílica, supongo, y en vez de cortarme, como habría sido lo normal, imprimí a mis cimbreos una fiereza suplementaria. Mirándole a veces, haciendo como que le ignoraba otras, bailé aquella canción como si me fuera la vida en ello, como si ninguna fuera más mía y nada me llamara

más que la voz del cantante tragado antes de tiempo por la fatalidad, cuando pedía a quien quisiera escucharle:

> Sube al coche,
> reina de la noche,
> olvida tu malhumor.

Cuando acabó la canción me sentí exhausta, pero aún tuve arrestos para mirarle de frente, antes de regresar al lugar en la barra donde había dejado mi bebida. Seguía mirándome, muy fijo y muy tranquilo. Me gustó su falta de miedo y de esperanza, y me atreví, o la ginebra se atrevió por mi cuenta, a creer que yo le gustaba también.

En la barra, de pronto, todo se vino abajo. Mientras se me secaba el sudor y paladeaba mi gin-tonic aguado, regresó la conciencia, y la conciencia era que iban a dar las cuatro de la mañana, que tenía veintinueve años muy pasados y un *sex-appeal* de gama media-baja, y que nada aconsejaba dilapidar tan pobres activos con un tipo con más ayer que mañana al que a saber por qué parecía haberle llamado la atención. Quizá porque me veía como una chalada, o porque mi coqueteo, en su burda inmadurez, le resultaba morbosamente patético.

Desde ahí muy bien podría haberme deslizado hasta el bajón más horroroso, si no hubiera estado al quite Alba, a cuyo ojo vigilante nada de aquello se escapaba: ni mi frenesí danzarín ni la observación a la que me sometía el desconocido. Apenas empezaba a rondarme el nubarrón cuando se acercó, se dejó

caer en el taburete junto al mío y, con su proverbial falta de estilo y su nula diplomacia, me animó:

—Está bueno. Está por la labor. Tíratelo.

—Estás loca.

—Eso ya lo sé, desde hace años. No cambies de tema.

—¿Qué puede tener, cincuenta? —exageré.

—Hace ejercicio, se nota. Prefiero mojama durita antes que *steak tartar* blandengue y sin sal. Si tardas mucho, me lo zampo yo.

—Alba, ¿tú has pensado en ir a un médico?

—Jamás. Quiero morirme sana.

—¿Cuándo calculas que se habrá quitado el anillo? ¿Al salir del curro? ¿En el coche? ¿Antes de entrar aquí? Ya conozco la canción y te juro que antes de repetir prefiero comerme una caja de grapas.

—Mo, piensas demasiado.

—No me llames Mo, no soy un rapero.

—Piensas demasiado, Moni.

—Tampoco soy una retrasada.

—Piensas demasiado, Mónica. Te lo voy a quitar.

—Estás fatal.

—Peor estás tú. Ve. Ahora.

Y me empujó, casi imperceptiblemente.

—¿No debería esperar a que viniera él?

—Son las cuatro, tienes casi treinta, no te queda tiempo para jugar a la Bella Durmiente. Vamos, quiero ver cómo te lo meriendas.

Hay cosas de las que luego no sabes a quién echarle la culpa. Mientras caminaba hacia él, procurando parecer segura, dudaba en qué cuenta cargaría aquella estupidez: si en la del alcohol, en la de aquella chi-

flada que me había empujado o en la de la desesperación frente a la que yo misma, con discernimiento más que dudoso, trataba de ganar tiempo. Él me vio venir sin mover ni un solo músculo, como un cazador apostado observa acercarse a la presa. Sólo advertí un destello en sus ojos, un temblor mínimo en aquella sonrisa tan tenue que bien podía no ser más que un rictus en funciones de máscara.

—¿Te molesta que me siente aquí? —me oí decir, mientras me veía señalar el taburete vacío junto a él.

—No —se limitó a replicar, impertérrito.

Logré encaramarme al taburete sin tropezar ni desequilibrarme ni desgarrarme el vestido, me acodé en la barra como había visto que hacían en las películas, sin tirar nada de lo que había sobre ella, y me quedé mirando a la pista con aire absorto. No recuerdo qué música sonaba, tampoco me importaba especialmente, pero pregunté:

—¿Te gusta esta música?

Se encogió de hombros.

—Es antigua, como yo. Me hace sentir en casa.

—¿Tan antiguo eres?

—Bastante.

A veces, los gestos ayudan. Le tendí la mano.

—Me llamo Mónica —me presenté.

—Es un bonito nombre —opinó, dándome la suya, tibia.

—¿Y el tuyo?

—El mío no mucho, la verdad.

—¿Me dejas decidir?

—Ramón. Del montón.

—Pues sí. Había fantaseado con algo más exóti-

co, Goran, Milan, Yuri... Bueno, qué se le va a hacer. ¿Te llamo Moncho?

Sonrió deportivamente.

—No, eso nos lo podemos ahorrar.

Hasta allí pude llegar con la inercia que traía, pero viendo lo que ponía de su parte a la conversación, apenas lo justo, con una cortesía tan remota, me sentí desfallecer. Saqué fuerzas de donde no las tenía y salí por donde pude, un atajo cualquier cosa menos original:

—¿Te apetecería bailar, Ramón?

—No. Pero no es nada personal —aclaró—. No bailo nunca.

—¿No?

—No.

—¿Y para qué vienes a un sitio como éste?

—Para oír la música. Para ver cómo bailan otros. Eso no me disgusta, cuando alguien baila bien. Y el sitio... Es de lo poco que queda abierto de mi época. Supongo que me sirve para recordar.

—No seas tan coqueto. ¿Qué años tienes?

—Cuarenta y seis. ¿Y tú?

—Diecinueve.

—No los aparentas —dijo, sin alterarse.

—Es por la mala vida, te deteriora antes de tiempo.

—Deberías dejarla, entonces.

—Cuesta. ¿Tú no tienes ningún vicio?

—Alguno. Con moderación. Ya no soy un chaval.

—¿Y podría entrar yo en el espectro de tus vicios?

Me oí soltar aquello y agradecí que la luz impidiera percibir el rubor que sentía asomarse como fuego a mis mejillas. Él no mostró el menor signo de

desagrado o de asombro. Dio un sorbo a su vaso, se quedó mirando durante unos segundos la pista y concedió:

—Eres espabilada, para tu edad. Seguro que ya lo sabes.

—¿Qué sé?

No titubeó.

—Que sí.

El calor que me abrasaba las mejillas se esparció entonces por toda mi persona, como un dulce hormigueo en los miembros, un cosquilleo en el estómago y lo que cualquiera que sepa ya sabe en otras partes del cuerpo. Paradójicamente, o no, eso me volvió más insegura. Las manos empezaron a sudarme a chorros. Tuve que hablar, de nuevo.

—¿A qué te dedicas?

—¿Importa?

—Yo soy periodista —le revelé—. Pero no estoy en paro, aún.

—Eso está bien.

—Te importa un bledo.

—No.

—Dime al menos, lo que haces, ¿es legal?

Alzó la vista al techo, como si se lo preguntara.

—Casi siempre. Creo.

—¿No me lo vas a decir?

—No te lo voy a decir.

Su tono era amable, pero su mirada se había endurecido.

—Ya veo, crees que me seduce más el misterio, el peligro. No quieres echarme abajo la ilusión de que eres un malote.

—No soy un malote. Procuro hacer el bien.

—¿De veras?

—De veras. Aunque a veces no es fácil saber cuándo haces bien y cuándo haces mal, en este momento que nos ha tocado vivir.

—Eso me suena. Yo quería ser periodista combativa.

—Ah. ¿Y qué tipo de periodista eres?

—Hago tareas de producción para un programa de telebasura, con un contrato por obra. Mi trabajo es básicamente llamar por teléfono a famosos de tercera y conseguir que vengan a berrear al plató para retener a la audiencia. Hoy, por hoy, es lo único que puedo hacer para pagar mi alquiler, y no creas que no intenté otras cosas.

—¿Siempre has trabajado en la tele?

—No, fui becaria en radio y prensa. Hasta que dejé de alegrarles la vista a los redactores jefe, o llegó otra que se la alegraba más.

—Suena duro.

—Parece que menos que lo tuyo.

—No insistas. Ya te lo he dicho: eso lo guardo para mí.

—¿Por qué?

—Es mejor. Lo sé por experiencia.

—¿Mejor ocultar lo que uno es?

—No te preocupes, antes de pedirte matrimonio te lo diría.

—Anda. ¿Hasta ese punto soy tu tipo?

—Eres bastante mi tipo.

Volví a ruborizarme y a agradecer la mala iluminación.

—Me revienta reconocerlo, pero tú también el mío —dije.

—¿Por qué te revienta? —preguntó, con aire intrigado—. Es un consuelo que alguna vez estas cosas sean recíprocas, ¿no crees?

—Nada, paranoias mías. ¿De verdad no quieres bailar?

—De verdad.

Todavía hoy no sé cómo pude, pero lo dije, sin casi dudarlo:

—Entonces podríamos irnos.

—¿Y tu amiga?

Me volví hacia Alba, que se magreaba ya al otro lado de la sala con el bailón con el que había ligado en la pista. Era un tipo de hechuras aceptables, sobre todo para el canon de Alba, pero con un aire de propietario de coche tuneado que hacía presagiar lo peor.

—Creo que ella ya tiene su propio plan. ¿Me dejas que me acerque a despedirme? Será un segundo, tampoco quiero estorbar.

—Claro. Ve.

No llegué hasta donde estaba mi amiga. A medio camino ella me vio y levantó el pulgar por encima del hombro del tipo que la manejaba ya con toda soltura. Luego abrió la palma, todavía con el pulgar extendido, y abanicó con ella un par de veces la espalda de su galán. El signo era inequívoco y me excusaba de más ceremonias, de modo que di media vuelta y vi que mi hombre misterioso ya estaba en pie.

—¿Vamos? —le pregunté al llegar a su altura.

Me indicó el camino con la mano abierta.

—Después de ti.

Al salir a la calle, me abofeteó el frío de la noche de marzo. Fue una bofetada silenciosa, pero contundente. Mis oídos zumbaban, el sudor empezaba a congelarse en mi espalda y estaba sobre la acera con un tipo del que no tenía ni la menor idea de quién era ni qué hacía, que sólo me daba buena espina y me hacía gracia, del mismo modo en que, si me paraba a mirar en qué me basaba para sacar esa impresión, podían causármela otros mil, decenas de psicópatas incluidos.

—¿Adónde te apetece ir? —me consultó, como si contemplara cualquier posibilidad.

Estaba muy lejos de tenerlas todas conmigo. De hecho, a cada segundo que pasaba me entraban más ganas de echar a correr y dejarlo allí, borrarlo para siempre y sin explicaciones, como solía hacer cuando empezaba a soñar por la noche y en el sueño aparecía un personaje que me preguntaba algo y al que no me apetecía responder: simplemente abortaba el sueño en el acto, me despertaba, y probaba con otro. Creo que fue la vergüenza (lo del sueño eran fantasmas, pero él era un ser humano de carne y hueso, que me iba a juzgar) la que me disuadió de dar la espantada. A falta de una idea mejor, le propuse:

—¿Me acompañarías?

—¿A tu casa?

—Es tarde. Me daría seguridad.

Sopesó un instante mi oferta. Como dándome tiempo a retirarla.

—Por qué no. ¿Dónde está?

—Pacífico.

—Habrá que buscar un taxi, entonces.

Algo debió de decirle mi cara, más allá de mi propósito.

—Lo siento, no tengo ninguna Harley —explicó.

Le seguí la broma, confiando en que captara el retintín:

—¿Ni un *buga* de esos con llantas?

—Agua. Seat Ibiza, tres puertas y ocho años. No lo saco en estas ocasiones porque juraría que como peatón tengo más éxito.

—Vaya por Dios. Eso sí que es una decepción. Bueno, ahora ya sé que tu trabajo no es lo que se dice lucrativo.

—No mucho, la verdad.

—Viviré con ello. Anda, vamos a la avenida a parar ese taxi.

Nos tocó un taxista taciturno y reconcentrado, como lo son muchos de los que hacen la madrugada. Llevaba una emisora de música clásica, como si no fuera con él nada de lo que se subía en el taxi a aquellas horas. Era música italiana, barroca, Vivaldi o Corelli (o Geminiani o Albinoni; no soy una experta y más allá de las piezas típicas los confundo). Durante los primeros minutos nadie abrió la boca. Bajando ya por el paseo del Prado, mi compañero de asiento habló al fin.

—Me gusta esta ciudad. Y de noche, más.

—Deduzco que no eres de aquí.

—Soy de aquí. Pero he vivido mucho fuera.

—¿Y ahora?

—Aquí estoy.

—¿Viviendo?

—Tengo donde dormir.

Me pareció que el taxista salía por un momento de su indiferencia y nos echaba un vistazo por el retrovisor. Aquella conversación le certificaba que no éramos precisamente viejos conocidos. Sé que es una tontería, pero me dio un punto de pudor y enrojecí otra vez.

—¿Tú eres de aquí? —preguntó mi acompañante.

—De toda la vida. Apenas he vivido fuera, sólo un año en Berlín.

—¿Y eso?

—Erasmus. Mi alemán debería ser mucho mejor.

—No te culpes, seguro que hiciste lo que pudiste.

—No estoy yo muy segura. Y tú, ¿has vivido en el extranjero?

—Alguna vez.

—¿Ah sí? ¿En qué país? O países...

—Países. Menos turísticos. Y nunca aprendí el idioma, fuera de las cuatro o cinco cosas indispensables.

—Esto empieza a ser un poco sádico —protesté—. ¿No me vas a dar ni siquiera una pequeña pista para que pueda imaginar?

—Te respondo. Hasta donde creo que debo.

—Oye, ¿no serás espía?

—No, todo lo contrario.

En la radio sonaba un violín acelerado, con fondo de clavicordio (¿la *Follia* de Corelli?). Mientras la oía, sorprendí la mirada de reojo del taxista. La charla empezaba a captar su atención. Una lástima, no iba a poder seguir satisfaciendo su curiosidad. Estábamos llegando.

No tuve la más mínima oportunidad de pagar, por más que insistí en dividir al menos la carrera entre los dos. También es verdad que si hubiera aceptado repartir los doce euros (como mis amigos alemanes, todavía recordaba el *zusammen oder getrennt*[2] de los camareros de mis tiempos berlineses) se habría cargado todo su encanto. Al fin me rendí y bajé, mientras él liquidaba con el taxista. Un poco perdida en mi propia calle, di tres pasos hacia el portal y me volví a esperarlo. Se bajó por la puerta que yo había dejado abierta y se plantó ante mí.

—¿Aquí vives? —preguntó, mientras miraba hacia arriba.

—Aquí —asentí—. Quinientos pavos al mes por cuarenta metros, pero al menos no echo la vida yendo y viniendo del trabajo.

—Quinientos. Tampoco está tan mal.

—Depende. Si ganas apenas mil, pesan.

—Desde luego.

De pronto me sentí inútil, desvalida. El alcohol me había abandonado, dando paso a mis inseguridades y mis amarguras. Supongo que quise escapar de ellas, impedir como fuera que tomaran posesión de mí otra vez. Con voz quebradiza, le ofrecí:

—¿Quieres subir?

Me miró. No sé describir cómo. Se supone que me gano la vida con las palabras, o me las ganaba, antes de convertirme en telefonista reducida a la interlocución con pseudopersonajes retardados. Pero todos los adjetivos que se me ocurren me parecen

2. «Junto o por separado.»

torpes, casi imbéciles. Pongamos que estuvo un rato mirándome, sin decir nada, sin prometerme nada, asegurándose, con una delicadeza que nunca le había visto poner a ningún otro hombre, de que no iba a hacerme daño. Sobre todo esto último. Con su mirada me preparó para que no me doliera lo que iba a decirme, y que iba a hacerme quedar como una idiota:

—No, no quiero subir.

—¿Y eso? —salté, nerviosa.

—No te ofendas. Me gustaría. Pero no quiero.

—No entiendo.

Volvió a mirarme de aquel modo. Cálido. Protector.

—Son las reglas. No se puede disparar contra quien no está en condiciones de dispararte a ti. No sería un blanco legítimo.

—Ahora entiendo menos aún. ¿Qué reglas son ésas?

—Las que yo acato. No lo quiero así. Mejor si no has bebido, y si no te veo en los ojos esas ganas de mandarlo todo al carajo.

—Ah.

—Voy a hacer una cosa. Voy a darte mi teléfono. Si te parece bien, mándame un sms con un lugar y una hora, para el sábado que viene. Y te lo piensas, y si entonces aún quieres, vas. Y si yo quiero, iré.

—O sea, que no es seguro que vayas.

—También yo aprovecharé para pensármelo.

—Bien, veo que he triunfado. Podemos decirnos adiós sin más.

—Para eso, no te habría acompañado hasta aquí.

—¿Y acaso tiene esto algún sentido?

—Lo tendrá si el sábado que viene nos vemos. Si tú vas. Si yo voy. Entonces habremos tenido tiempo para no engañarnos, ni tú a mí, ni yo a ti, ni cada uno a sí mismo. El sábado que viene los dos estaremos en condiciones de disparar. Tenlo presente: podré dispararte.

Al pronunciar aquella palabra, *dispararte*, sus ojos se clavaron en los míos y su mirada me pareció tan dulce, tan diáfana y tan seductora que un estremecimiento me recorrió el espinazo. Si en aquel momento me hubiera abrazado, me habría rendido sin condiciones.

—¿Me dispararás? —murmuré.

—Si voy, dalo por hecho.

—No sé si he comprendido algo de lo que has dicho.

—Yo creo que sí. Apunta el teléfono.

—Podrías apuntar tú el mío.

—No. Mejor apunta tú. Así no te cuesta nada archivarme. Bastará con borrarlo, y habré pasado por tu vida sin dejar huella.

—Está bien, como quieras. Pero te seré sincera: cuando me despeje del todo, lo más probable es que me muera de vergüenza y lo borre. Estás dejando pasar una ocasión que lo mismo no vuelve. Por si te da otra impresión, no soy de las que acostumbran a hacer esto.

Me observó con repentina seriedad.

—No me da otra impresión. Me arriesgaré.

Me dictó las nueve cifras, las grabé en la memoria de mi móvil y, sin decir nada más, retrocedió por

la acera. Caminó así, hacia atrás, sin dejar de mirarme, muy despacio. Continuó hasta que me vio abrir el portal. Entonces hizo un gesto de despedida, sonrió y se dio la vuelta. Se alejó calle arriba sin volverse ni una sola vez. Me fijé en su nuca, su espalda, sus pasos regulares y seguros. Algo se me quedó revoloteando en el estómago. Algo muy extraño, que no había conocido nunca antes. Acababan de plantarme, muy posiblemente me habían tomado el pelo, y sin embargo, cuando apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos, sentí que nada de eso tenía la menor importancia, que todo estaba bien y que, contra todos los pronósticos que yo misma había hecho al principio de la noche, como quizá no habría sucedido si él hubiera subido y atrapando al vuelo la ocasión me hubiera echado un polvo sobre la marcha, la vida era bella y yo no era infeliz.

Hacía tanto que no lo sentía, que supe que no podría dejar de mandar el sms. Me dormí pensando lugares donde citarle, con aquel temor antiguo a que decidiera no venir; el temor que un día había sido la antesala de la luz más hermosa, la luz que esa noche recé, como la creyente que ya no era, para que volviera a acariciarme la piel.